

JOSÉ G. MARÍN



TOMO I: TIERRA

«Relatos Breves
para
Reflexionar»



1

Encuentro con la Madre Tierra: «Pachamama»

Hace ya muchos años de la historia que voy a contaros. Vivía en las montañas, en una casa de adobe que construyó mi abuelo con sus propias manos, y con la ayuda de otros compañeros de la comunidad. Era muy normal dedicar una parte de nuestro tiempo a ayudar a otros a cultivar sus parcelas, cuando estaban enfermos, o a construir la nueva casa cuando decían compartir su vida con su pareja.

Un día, mi vida cambió. Tenía unos 17 años. Aunque no estoy muy seguro, porque son pocos los que recuerdan su año de nacimiento, ya que en nuestra comunidad no tiene mucha importancia. Para nosotros, el tiempo no es tan lineal, sino que nos guiamos por los ciclos de la luna y de las estaciones, como un tiempo circular. La mayor parte sí recuerda si nacieron en época seca o de lluvias, en la época de siembra o de cosecha. Posteriormente, cuando pude

estudiar en la ciudad, supe la diferencia que eso conlleva en la forma de concebir la vida.

Ese día que me transformó caminaba de noche, de regreso de casa de mi tío abuelo, «El Sabio».

Don Heriberto era reconocido como uno de los «abuelos» de la comarca. Me enseñó, desde mi infancia, muchas cosas acerca de la vida y del culto a la Pachamama y a los ancestros. Aprendí que «todo está interconectado» como un «Todo». Me instruyó en cómo vivir con respeto a la naturaleza, al planeta y a todos los seres vivos.

Me decía con frecuencia que el planeta nos acoge con cariño. Nos presta su agua y sus frutos. Que no somos propietarios de nuestras parcelas. Más bien son prestadas por la Madre Tierra para que las cuidemos y aprovechemos, sin explotarlas de forma absurda. Nadie es dueño de un trozo de tierra ni de cualquier construcción que haya encima. Al contrario, somos huéspedes de esa tierra que nos acoge. Invitados, respetuosos de lo que no es nuestro.

Era una noche oscura de luna nueva que se iluminaba con frecuentes relámpagos. Con mi sombrero y mi poncho, intenté protegerme como pude de la fuerte lluvia.

Caminé deprisa por una vereda que serpenteaba por las colinas. Algunos árboles centenarios se asomaban, como protectores, imperturbables, a los lados del camino.

Yo estaba acostumbrado a estas tormentas eléctricas y me encantaba seguir los rayos, desde el choque entre nubes hasta caer sobre la tierra. Líneas de luz intensa que penetran en la oscuridad y rasgan el cielo.

De repente, algo me atrajo y miré a un olmo cercano. Y ¡plas!, todo se iluminó, como un estallido de sol. Solo recuerdo que cerré los ojos por el dolor de una luz tan intensa y que algo me lanzó y «salí volando» a unos cuantos metros, hasta recibir un terrible golpe contra la tierra.

Mi siguiente recuerdo es el frescor de unos trapos mojados en agua fría que alguien había puesto en mis ojos, y muchos escalofríos y dolores que recorrían mi cuerpo. Intenté moverme, pero no pude. Una voz femenina me susurró al oído: «Julián, no te muevas. Vas a estar bien. Te estamos cuidando para que te recuperes pronto». Y me sostuvo la cabeza, con suavidad, para darme de beber un agua que me supo como el mejor manjar. Después, una infusión un poco amarga.

—Bebe poco a poco, lo más que puedas —me insistió.

Cerca, varias personas murmuraban algo que no alcanzaba a escuchar. Parecía un grupo grande.

Creo que me volví a dormir, porque don Heriberto pronunció mi nombre mientras movía mi hombro para despertarme.

—Amigo Julián —me dijo suave y lento—. Hoy es un gran día para ti y para nuestro pueblo.

»¡Has sobrevivido al rayo!

»¡Has muerto y renacido!

»Pachamama te ha elegido como «Callawalla», sanador itinerante.

Intenté responder pero él puso con suavidad sus dedos sobre mi boca.

—Escucha, hijo —continuó emocionado—. Desde hoy tienes una misión: ayudar y sanar a cualquier persona que lo necesite y te encuentres en tu camino. Tienes el don de la clarividencia y de la sanación. Para nuestro pueblo eres un «Hijo elegido». Lo que te he enseñado desde que eras pequeño te servirá mucho ahora. Mañana intentarás ponerte de pie y caminar. Ahora descansa y siente gratitud, como te he enseñado.

Poco a poco entendí que fui golpeado por un rayo cercano al olmo y había estado varios días

inconsciente. Yo sabía lo que significaba eso en nuestra tradición. Sobrevivir al rayo me convertía en chamán.

Después de unos días me sentí completamente recuperado. Muchas personas de los alrededores, vinieron a felicitarme como «Hombre medicina» y a desearme un «Gran Camino».

A lo largo de los años pasaron muchas personas frente a mí. Enfermos, personas que me pedían consejo o solo escucha. Mujeres dando a luz, moribundos que necesitaban las últimas instrucciones para dejar este planeta, jóvenes que deseaban saber más acerca de la vida.

Me sentía orgulloso de mi vida.

Hoy se cumplían varias décadas de aniversario del día que «un rayo me bendijo». Era el día indicado para hacer una «Ceremonia de Agradecimiento a la Tierra».

Sin prisa, esperé a que llegaran personas que procedían de diferentes comunidades, a veces muy distantes.

Cuando el sol había bajado, ya cerca del horizonte, inicié con el sonido de la caracola gigante. La hice sonar con la fuerza de mi aliento, y con lentitud, giré sobre mis pies hacia los cuatro signos cardinales

para hacer «el llamado a lo sagrado». Después, soplé hacia el cielo y hacia la tierra. La última dirección, la séptima, cada uno debía encontrarla en su corazón.

Mi poncho, de tonos rojos y amarillos, extendido en el suelo a modo de altar. Encima de él, algunas piedras, caracolas, mi báculo y otros objetos rituales.

Una brisa fría y suave acariciaba los rostros. Diferentes plantas olorosas desprendían su aroma en las brasas de una pequeña hoguera.

Los cánticos de don Heriberto rompieron el silencio y despertaron la conexión interna y el misterio. Conjuros de voces moduladas, acompañadas de instrumentos artesanales de viento y tambores de piel de cabra. Fueron diseñados, hace generaciones, para guiarnos hacia un diálogo con el corazón de la tierra.

Me pareció que la «Pachamama» respondió al llamado y abrió sus brazos a la magia. Me encontré una vez más con ella. Sentí al planeta y a la humanidad unidos, en un estado vivo y consciente.

Por fin entendí a qué se refería don Heriberto cuando decía: «Todo está interconectado, en la olas de la energía universal, en una maravillosa danza cósmica».

Luego, sobrevino el silencio.

2

Palabras, amigas mías

Palabras caprichosas se entrelazan, se acomodan entre ellas, y encuentran su lugar en el párrafo.

Listas para darle ojos a tu imaginación. Para prestarte oídos y olores. Para ver con los ojos cerrados. Para abrir tu corazón a sensaciones y sentimientos evocados por ellas. Las palabras, juguetonas, se toman de la mano y caminan en silencio o en frases sonoras. Vivas y creativas, perfilando expresiones.

En el torno del escritor, como alfarero del lenguaje, las palabras se moldean, en formas deliberadas, llenas de contenidos. A veces describen, o evocan, o bien solo inspiran belleza.

Palabras con vocación de artistas, con trazos largos, redondeados o afilados. Un milagro del negro sobre blanco que despierta pasiones, alegrías, miedos y amores.

¡Que magia, amigas mías!

Si os leo en silencio, me lanzáis al mundo de las emociones y de la fantasía. Y, si me atrevo a prestar